

La página viva El ¡ahoua! de Parny

José de la Colina

CANCIÓN MALGACHE

¡Cuidaros de los hombres blancos, habitantes de la ribera! En tiempos de nuestros padres, hombres blancos desembarcaron en nuestra isla. Se les dijo: Tomad esas tierras y que las cultiven vuestras mujeres. Sed justos, sed buenos, sed nuestros hermanos.

Los hombres blancos lo prometieron, y sin embargo hacían baluartes. Se alzó un amenzante fuerte; el rayo aguardaba en las bocas de bronce; sus sacerdotes quisieron darnos un dios que no conocíamos, y finalmente hablaron de obediencia y esclavitud. ¡Antes la muerte! La carnicería fue terrible, pero a pesar del rayo que los hombres blancos vomitaban, abatiendo nuestros ejércitos, todos ellos fueron exterminados.

¡Cuidaros de los hombres blancos!

Luego hemos visto nuevos tiranos más fuertes y más numerosos plantar sus pabellones en la ribera. El cielo ha combatido por nosotros, les arrojó lluvias, tormentas y vientos envenenados. Ahora ya no están, y nosotros vivimos. Y vivimos libres.

¡Cuidaros de los hombres blancos, habitantes de la ribera!

(Traducción de J. de la C.)

Évariste Désiré De Forges, vizconde de Parny, nació el 6 de febrero de 1753 en la isla Bourbon del Mar Índico, la actualmente llamada Île Réunion. Hijo de un alto empleado del gobierno francés y de mestiza o criolla, desde los nueve años estudió en un seminario de París alternando las clases de catolicismo y letras clásicas con los amoríos galantes, la música *amateur* y la lectura clandestina de Voltaire, Rousseau y el Marqués de Sade. Convertido al agnosticismo, se graduó de oficial de la guardia del Rey, escribió poemas ya prerrománticos dedica-

dos a una niña de trece años a la que enseñaba a tocar la vihuela, quien, como no le correspondió sentimentalmente, le dio un excelente motivo para cantar un ya romántico amor desdichado. En sus retornos a la isla natal escuchó y registró los cantos de sus coterráneos, los indígenas, cuya vida en armonía con la naturaleza le resultaba admirable, envidiable y poética. A partir de 1780, habiendo ya dejado el ejército, frecuentó los círculos de conspiradores contra la monarquía y escribió en alejandrinos (los alejandrinos franceses de doce sílabas) una incendiaria *Epístola a los insurrectos de Bostón* y poemas libertinos e irreligiosos que aplaudieron los salones literarios y tenían algunas audacias idiomáticas (en el poema *Goddam*, introdujo el box, las peleas de gallos y el *franglés*: “*le lourde pudding et le sanglant roastbeef*”). Tras la Revolución, a la cual se afilió y que lo arruinó y desencantó, desposó a una coterránea de Bourbon y, abandonando los ideales revolucionarios para trabajar burocráticamente en el Ministerio de Instrucción Pública del gobierno napoleónico, ablandó sus poemas volterianos adaptándolos al pensamiento cristiano “correcto” (particularmente la burlesca *Guerra de los dioses antiguos y modernos*, convertido en un poema celebratorio de la cristiandad). Murió en 1814, bajo el reinado de Luis XVIII y cuando ya Chateaubriand, Lamartine y Victor Hugo estaban a punto de inaugurar el romanticismo francés.

De las muchas páginas de Parny hoy débilmente sobreviven unos pocos poemas galantes recogidos en antologías como meras curiosidades de la historia de la literatura francesa y del umbral prerromántico, pero perduran sus *Chansons madécasses*, un libro publicado en 1787 con traducciones en prosa de los cantos sensuales y de



Évariste Désiré De Forges, vizconde de Parny

protesta de los indígenas de la isla Bourbon. En esas breves y delicadas y a veces intensas prosas en las cuales manifestó su juvenil anticolonialismo y su admiración por una sensualidad “exótica” aprendida en su niñez burbonesa, desplegó una escritura que, como señala Claude Bonnefoy en su antología *La Poésie française des origines à nos jours*, y, como observaron Luis Cemuday y Octavio Paz, sería, junto al *Smarra* de Nodier, una contribución capital a la evolución de la poesía francesa y abriría a Aloysius Bertrand y a Baudelaire la vía hacia ese género de la literatura moderna: el poema en prosa.

En 1926 Maurice Ravel, trasladando a voz de mezzo-soprano o barítono, a piano, flauta y violonchelo, algunas de las *Chansons madécasses*, hizo más incisiva esta vibrante página de gallardo espíritu rebelde añadiendo al refrán un doble ¡ahoua! como una especie de grito de alerta:

¡Aoua, aoua!, méfiez-vous des blancs, habitants du rivage. [1]